

Nº 927

Tres mil
Suplemento Cultural

Sábado 1 de diciembre de 2007 | Nº 3623 del año XVI segundo centenario | www.diariocolatino.com

DIARIO CO LATINO, MÁS DE UN SIGLO DE CREDIBILIDAD



PREMIO CERVANTES A POETA JUAN GELMAN

“Es un premio a la poesía”, dijo emocionado Gelman

El poeta argentino Juan Gelman destacó hoy que el premio Cervantes 2007 que le otorgó el ministerio de Cultura de España es «un reconocimiento de la poesía, no siempre reconocida por las grandes editoriales».

«Estoy emocionado por la importancia del galardón, al que muchos consideran el premio Nobel de las letras hispanoamericanas», subrayó el autor en declaraciones desde México, donde reside, al canal de noticias TN.

Consultado si se trataba también de un reconocimiento a su vasta carrera poética, respondió: «Yo no entiendo la poesía como una carrera. La única carrera que hice y no terminé es la de química, o la que hago cada mañana».

Gelman reveló que fue el propio ministro de Cultura español, César Antonio Molina, quien le comunicó la novedad, y negó que este premio tenga alguna vinculación con su lucha por los derechos humanos.

«Acá hay una confusión. Este es un premio literario, se lo han dado a gente que ha luchado por los derechos humanos y a otros que no. Yo no puedo evitar ese punto de vista de la prensa, pero para mí es un premio a la poesía», sentenció.

Tomado de
<http://www.losandes.com.ar/nota.asp?nrc=411578&can=&nprt=1>



**SI HAY DESAPARECIDOS NO HAY PAZ
¿DONDE ESTÁ
ARQUÍMIDES CRUZ?**

Equivocado, hablar de mi poesía como política: Juan Gelman

DPA

México, D.F.- Juan Gelman ha vivido el exilio, el asesinato de un hijo, la búsqueda de una nieta y una nuera desaparecidas, pero su lenguaje no ha sido de protesta, sino de ternura. La poesía, dice, es su goce. Y sus obsesiones se han vuelto sus amigas.

En entrevista con dpa en Ciudad de México, donde reside, el ganador del Premio Cervantes de Literatura habló hoy sobre su obra, los dolores del alma, las alegrías.

dpa: Ha recibido todos los premios, el Juan Rulfo, el Reina Sofía, el Cervantes. Sólo le falta el Nobel. ¿Cómo se siente?

JG: Me siento muy emocionado. Es un premio muy importante, el más importante de la lengua española. Estoy conmovido porque es el Cervantes nada menos. Y además leí en los periódicos que figuraba entre los candidatos posibles y ocurre que los demás candidatos posibles eran de primera línea, Goytisolo, Benedetti. Cuando vi esa lista pensé, no, imposible.

dpa: ¿Ya sabe qué va a hacer con los 90.000 euros?

JG: No..., déjeme bajar prime-

ro de la nube.

dpa: Todas las biografías sobre Juan Gelman hablan de la ternura de su poesía, de su compromiso político, del reencuentro con su nieta. Al mismo tiempo, usted no es un poeta político al estilo de Pablo Neruda. ¿Cómo se define?

JG: Es cierto. Es equivocado cuando se habla de mi poesía como política. Uno vive en la realidad las 24 horas del día y no todo despierta la necesidad de escribir. Como ciudadano siento responsabilidades, compromisos que no necesariamente tienen que estar en la poesía. La ideología de alguien forma parte de su subjetividad, pero no es toda su subjetividad.

dpa: ¿Cómo observa usted su poesía?

JG: Cada lector convierte un libro de poemas en otro libro. Todas las interpretaciones son válidas porque pasan por el lector. Yo siento todavía una insatisfacción. Me gustan "Los poemas de Sydney West" porque es un libro cómico, y es difícil la literatura cómica. Mi tema son las obsesiones de siempre: el amor, la muerte, la infancia, el otoño, la fraternidad, la justicia social. Son pocas, pero no se van. Se han hecho muy amigas

mías.

dpa: ¿La poesía es un bálsamo, un arma o un fin en sí misma?

JG: En la poesía el único tema es la poesía y por eso se puede hablar de todo. Cómo se lee depende del que lo lee. Para unos es un bálsamo, para otros un goce, para otros una alegría. Para mí es un goce.

dpa: Después de todo lo que pasó con su hijo, con su nuera, la desaparición, el exilio. ¿Juan Gelman es un hombre optimista, triste, cómo se siente?

JG: Es complicado. Hay tragedias personales sin solución. No crea que me gusta que estén juzgando y metiendo preso al asesino de mi hijo. Me parece importante la justicia, pero no es una reparación. ¿Quién le devuelve a uno un hijo?

dpa: ¿Cómo ve a su país, la Argentina, después de vivir tantos años en México? ¿Algún día piensa volver?

JG: El país donde se nace es la patria de la infancia, que tiene muchas patrias adentro, la patria de la primera lengua, la familia, el amor maternal. Volver, para radicarme, no. Estoy acá muy a gusto y mi mujer vive acá.

dpa: ¿Ya le habló su nieta para



Juan Gelman, el poeta militante

<http://www.laverdad.es/murcia/20071130/cultura/juan-gelman-poeta-militante-20071130.html>

El Cervantes galardona este año a un escritor que militó en los Montoneros, fue perseguido y perdió a su hijo y su nuera en la represión de la dictadura argentina

DOS PINCELADAS«Los poetas la pasan ahora bastante mal/ nadie los lee mucho/ esos nadie son pocos/ el oficio perdió prestigio». Juan Gelman (Buenos Aires, 1930) escribió hace unos años sobre la decadencia de la poesía, pero ganó ayer el premio Cervantes, el galardón más importante de las letras españolas, en dura pugna con otros cuatro poetas del otro lado del Atlántico: Mario Benedetti, Nicanor Parra, Blanca Varela y José Emilio Pacheco. Nunca hubo decaimiento tan glorioso.

El Cervantes, concedido cada año desde el inicio de la Transición por el Ministerio de Cultura, ha premiado en esta ocasión la obra de un poeta bonaerense, ardiente defensor de los derechos humanos y descendiente de judíos ucranianos que huyeron del terror del régimen soviético después de haber apoyado con entusiasmo la Revolución de Octubre. Gelman se convirtió de esa manera en el único argentino de una familia en la que los restantes miembros leían con fruición -y con frecuencia en voz alta- unos textos literarios en ruso que nunca pudo entender.

La pasión por la literatura anidó en él durante la primera infancia. A los tres años sabía leer, a los ocho fue víctima de su primera sobredosis: durante una tarde en-

tera estuvo leyendo Humillados y ofendidos, y la intoxicación le produjo una fiebre que duró varios días. Poco después comenzó una doble vida: hasta las cinco era un alumno de un colegio elitista al que acudían los hijos de militares y de las familias más adineradas de la ciudad; a partir de media tarde, se convertía en un muchacho más del barrio de Villa Crespo, donde se hizo «el escalafón completo: billar, mujeres, organillos, fútbol, milongas y esas cosas», ha escrito.

Nunca ha llegado a reconocerlo así, pero puede que Gelman se hiciera poeta a los quince años como forma de sacudirse un complejo: el de impostor. En un artículo sobre su infancia, el último premio Cervantes ha recordado cómo a los nueve años se enamo-

ró de una niña de once y le enviaba cada día unos versos de Almafuerte como si fueran suyos. La niña nunca accedió a ser su novia. «De ese desplante y de ser hincha de Atlanta me quedó una tristeza para toda la vida».

Estudió Química pero pronto abandonó la carrera. Y a los 20 años, veterano militante ya de la Juventud Comunista, empezó a tomarse en serio la poesía. Es la época de su asociación con David Álvarez Morgade, con quien funda la revista Muchachos y más tarde el grupo literario El Pan Duro. Publica sus primeros versos, que llaman la atención por su radicalismo y por la ruptura del modelo que Whitman había fijado y Neruda había contribuido a elevar a los altares de la poesía latinoamericana.

Gelman fue periodista, pasó por la cárcel en un par de ocasiones porque su defensa de los derechos humanos lo llevó a enfrentarse a las autoridades, se afilió al grupo de los Montoneros y certificó con su propio dolor que la poesía es un arma de escaso calibre ante el arrollador avance de los tanques que avalan a los dictadores. Su hijo Marcelo, de 20 años, y su nuera Claudia, de 19 y embarazada, fueron secuestrados y asesinados. El muchacho, en Argentina. Su esposa, en Uruguay, víctima de la operación Condor. Antes de morir dio a luz a una niña que a los 23 años pudo finalmente conocer a su abuelo.

El poeta seguirá siendo Juan Gelman, más allá de los premios o de la muerte:

Juan Ramón Saravia

La poesía latinoamericana está de pie, altiva en su modestia y hecha un abrazo universal por la atinada decisión de otorgar a un luchador de la palabra y la dignidad humanas el prestigioso Premio Cervantes de Literatura: Juan Gelman, el poeta argentino, es el que levanta ese brazo victorioso de la justicia.

Este otorgamiento ha despertado simpatías en todo el mundo intelectual y artístico de habla hispana, y Suplemento Cultural Tres Mil, en una rápida encuesta a prestigiosos poetas del continente, obtuvo las siguientes declaraciones:

«Con ese premio no solo es la poesía la galardonada sino también lo es la lucha y el amor por la vida. Si Gelman nos ha llegado a los sentidos con su poesía, con su ardua lucha por los desaparecidos de nuestro continente nos ha conmovido. Mi regocijo ha sido total, por acá, en estas tierras lejanas, cuna del frío. Salud, poeta Gelman!»

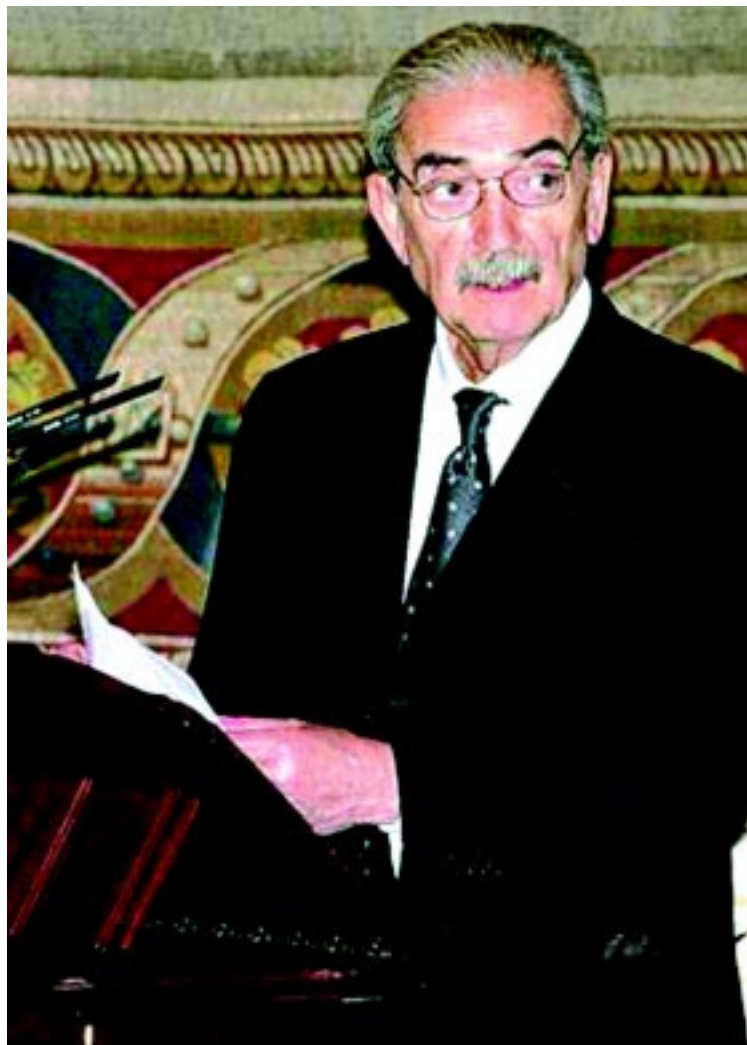
Victor Rojas

Poeta y traductor colombiano residente en Suecia.

«La suerte quiso que llegara anoche a México y pudiera saludar a Gelman con la noticia apenas recibida, así que la alegría es mayor. Creo que el premio es muy merecido por una obra tan original, de amplia búsqueda en lo formal y de mirada humanista. De todas las cosas que podrían decirse de su obra, que hace eje en el exilio y asume voces que van desde los poetas del tango a los místicos españoles, quiero destacar que es un poeta que no vive de glorias pasadas. Si el Cervantes premia una obra, también esta recae en una obra que se renueva constantemente. Esto lo prueba su último libro, acabado de salir, «Mundar», y que muestra una voz siempre fresca, que resignifica cuanto nombra. Además de su mirada crítica, es el nombrador del deseo y la esperanza.»

Jorge Boccanera

Poeta y periodista argentino.



Yo nunca lo he visto a Juan Gelman, nunca he recibido un mensaje suyo, nunca he cruzado saludos con él, pero es mi amigo.

JUAN RAMÓN SARAVIA

«Estoy más que feliz con lo del premio Cervantes para Juan Gelman. Es un gran poeta al que admiro y quiero hacer mucho tiempo.»

Claribel Alegría

Poeta y escritora salvadoreña residente en Nicaragua.

«Creo que el Premio Cervantes a Juan Gelman es un merecido homenaje a la poesía de América, la obra de este escritor argentino resuelve buscar en los destinos de nuestros países y exponer su vigencia más allá de límites epocales y expresivos. Festejar este reconocimiento con el autor de la an-

tología *Pesar todo*, es apostar por una de las figuras más emblemáticas de la literatura hispanoamericana quien confesaba desde uno de sus primeros textos: *A este oficio me obligan los dolores ajenos, / las lágrimas, los pañuelos saludadores, / las promesas en medio del otoño o del fuego, / los besos del encuentro, los besos del adiós, / todo me obliga a trabajar con las palabras, con la sangre. / Nunca fui el dueño de mis cenizas, mis versos, / rostros oscuros los escriben como tirar contra la muerte. Saludemos así, con su propia poesía, tal merecimiento.»*

Luis Manuel Pérez-Boitel

Poeta cubano.

«Juan Gelman ha sido un poeta que personalmente, y poéticamente, siempre me ha interesado leer. Pero también escuchar como he tenido la afortunada oportunidad de estar junto a él en dos Congresos de poesía: uno en la Universidad de California, Irvine, en abril de 2001; y antes en Eugene, Washington, octubre de 1996, EE.UU. Me ha interesado por una sencillez profunda de su lenguaje poético, sin caer él nunca en una metafísica difícil de entender o en un vanguardismo hermético, sino que llega imaginativamente (artísticamente que es lo más importante) al corazón y al cerebro de sus lectores y oyentes. Es tan difícil hacer una poesía como la que construye Gelman. Una poesía tan transparente y de una humanidad tan tangible. La poesía de Gelman te hace mirar lo mismo que sabemos pero desde otra perspectiva sin caer nunca en el panfleto ni en la consigna fácil. Me alegro mucho de este premio para él y para América Latina.»

Javier Campos

Poeta y traductor chileno residente en Estados Unidos.

«El Premio Cervantes a Juan Gelman es un reconocimiento a su poesía enraizada en su propia vida y sus marcas testimoniales. Es una unción plenamente merecida.»

Julio Iraheta Santos

Poeta salvadoreño.

«Yo nunca lo he visto a Juan Gelman, nunca he recibido un mensaje suyo, nunca he cruzado saludos con él, pero es mi amigo.

¿Cómo no ser amigo de quien se ha empeñado hasta lo indecible en el cultivo de la poesía, de la dignidad, de la vida? Porque la verdadera poesía, la poesía imprescindible y trascendente no es otra cosa que honestidad desnuda, es decir, lucha sin límites por la vida humana con dignidad. Hay poetas que han sufrido la muerte y descansan en paz. Juan Gelman ha sufrido la vida y se desangra el pecho cada día para heredarnos un mundo sin brozas ni vergüenzas. Desde hace muchos años tiene suficientes razones como para haberse dado por vencido, pero sigue en pie. Los titeres no saben cómo es que nunca han logrado rendirlo. Pero sus amigos lo sabemos: Cada vez que Juan Gelman es asesinado, él saca de su corazón una vida mucho más reluciente que el yelmo de Mambrino, una vida vigorosa que exige cuentas claras y satura de poesía el aire; su protesta es más poderosa que la guadaña de la muerte, es la conciencia viril en mangas de camisa. Pero su actitud nada tiene que ver con el peregrino deseo de hacerse el héroe sino con algo absolutamente natural y contundente: La búsqueda de la verdad. ¿Se puede esperar menos de un hombre que no sabe otra cosa que ser genuino? Genuino como humano, como ciudadano, como uno de los poetas más altos de América.

El Premio Cervantes, muy bien, y aplausos; pero que nadie se engañe: El poeta seguirá siendo Juan Gelman, más allá de los premios o de la muerte.

Juan Ramón Saravia

Poeta hondureño.

¿Cómo?

¿Cómo sabe Andrea que la poesía no tiene cuerpo, no tiene corazón y en su hábito de niña pasa o puede pasar y habla de lo que siempre no habla? En la boca cuaja el mundo y a la luz de pasados que Andrea ignora para nunca, su memoria es una casa nueva donde otros rostros vivirán y otros atardeceres, otros llantos. Mejor así. Todo lo que se hunde ahora, este tiempo que se disuelve, serán para ella páginas amarillentas olvidables. Un día sabrá que existieron como ella misma, entre lo imaginado y lo real. ¡Ah, vida, qué mañana cuando termines de escribir!

Juan Gelman

PREMIO

Las Viudas

CARLOS SERPAS

El escritor salvadoreño Carlos Serpas resultó ganador del Premio Centroamericano de Cuento «Francisco Gavidia» 2007. Publicamos su cuento «Las Viudas», una de las tres piezas narrativas que lo hicieran acreedor al Premio. La ceremonia de entrega del galardón se realizará el viernes 7 de diciembre a las 6 y media de la tarde en el Auditorio de la Universidad «Francisco Gavidia»

CARLOS SERPAS

Escritor y músico. Nació un 9 de noviembre de 1972.

Ha logrado conciliar su trabajo como ingeniero con su expresión artística. Tanto la música como la literatura son complementos vitales en su persona. Lo interesante es que el arte no lo toma como un hobby, sino es tan necesario en su vida. Eso le ha permitido irse abriendo campo en las caminos de las artes nacionales.

A la fecha ha obtenido premios nacionales, entre los que cabe mencionar:

1995, primer lugar, Juegos Florales de Santa Ana, rama de cuento. “Un vuelo en la plaza del Cafeto”.

1995, tercer lugar, Juegos Florales de San Miguel, “Poemario del Primer Invierno”.

1997, tercer lugar, Juegos Florales de Santa Ana, poesía.

1997, mención honorífica Juegos Florales de Chalatenango.

2001, Primer Lugar Festival Internacional de la Canción, Universidad Francisco Landívar, Ciudad de Guatemala. (Solista)

2007, Primer Lugar, Juegos Florales de Santa Tecla. Teatro Infantil, “WIGO”

2007, Primer Lugar, Premio Centroamericano de Cuento, “Francisco Gavidia”. “Las Viudas y Otros cuentos”

Festivales

2002, al 2007, Festival Verdad IDHUCA. (Con Son 3/4)

2004, Participación en festival internacional de Cantautores, Universidad de El Salvador. (Con Son 3/4). (Solista)

2005 Festival Bambú, Honduras. (Con Son 3/4)

Publicaciones y Discografía.

Cuento “Un Vuelo en la Plaza del Cafeto”. Concultura

Poema, “Sobre Mi”, L Prensa Gráfica.

Documentales “Desde los Niños”, Interpretación de temas para documentales. Radda Barner y Centro de Video UCA

Disco “ROMERO”, “Canción Para un Mártir”, Yolocamba Ita

Música.

Disco “Por este Medio”, Son _ , Yolocamba Ita Music.

Disco “Leones de Barro”, Son _ , Yolocamba Ita Music.

Obras Inéditas

“El Séptimo Rey” Novela de fantasía.

“Wigo”, novela para niños, coautoría con Jorge Galán.

“El Escribano”, novela Corta.

La primera de las viudas llegó cerca de las nueve de la noche. Cuando la señora Sofía la vio sintió una punzada en el corazón.

- ¿Quién es esa señora, mamá? – preguntó Zoila, la hija menor.

- No la conozco – dijo la señora Sofía.

La mujer vestía toda de negro. Lucía unos anteojos amplios, oscuros. La cabeza la llevaba envuelta en un pañuelo que parecía de seda. Caminó hasta el féretro. Se inclinó. La señora Sofía se dio cuenta de que las manos de la mujer temblaban. Lloraba con sollozos apagados. Levantó la tapa para ver el rostro del difunto a través del cristal. Se llevó la mano a la boca. La señora Sofía hizo lo mismo. La mujer no lloraba como lloran las compañeras de trabajo ni las amigas, además, si hubiese sido amiga de su marido ella lo habría sabido.

La mujer estuvo cerca de veinte minutos mirando el rostro del difunto. Luego de eso caminó hasta la entrada del salón y salió.

- ¿Quién era la señora? – preguntó Patricia, la hermana de doña Sofía.

- No sé – fue su respuesta y la otra no preguntó más.

Una hora más tarde llegó la segunda de las viudas. Era una mujer alta, cerca del metro ochenta y tenía aspecto anglosajón. Su rostro era delgado, el cabello rubio, recogido en una cola que le llegaba a la mitad de la espalda huesuda. Parecía mucho más joven que ella. Doña Sofía calculó que no pasaría los cuarenta años. Llevaba unos anteojos diminutos, de marco ancho. No lloraba pero tenía la cara enrojecida, como cuando se ha llorado por mucho rato. Se acercó al féretro por un instante. Dejó una rosa justo a la altura de lo que sería el pecho del difunto. Cerró los ojos y se le vio decir una oración. Cuando hubo acabado, caminó hacia la puerta del salón y permaneció ahí, junto a la pared, recostada sobre ella, sin mirar a nadie.

- ¿Quién será la señora? – preguntó José, el hijo mayor.

- No sé – fue la única respuesta de doña Sofía.

Llevaban casi treinta años de matrimonio. En los últimos meses, el marido de la señora Sofía había

estado enfermo, tirado en una cama, muriéndose de cáncer. Ella lo conoció cuando, siendo él muy joven aún, había sido ministro de Cultura. Estuvo en la política toda su vida. Pero, además, obtuvo cierto reconocimiento como escritor de libros para niños. Las mejores noches que ella recordaba con él eran cuando, reunidos en la sala o en una habitación con sus tres hijos, les narraba las historias que inventaba o en las que estaba trabajando. Publicó doce libros para niños y le quedaban tres inéditos. Había hecho carrera con eso. Incluso hubiera podido vivir tranquilamente sin dedicarse a nada más, pero siempre tuvo un trabajo distinto. En la última época, fue director de la biblioteca nacional por un breve período. Se retiró llegando a los sesenta. Tenía menos de un año de estar en retiro cuando el cáncer lo envió a la cama.

La Señora Sofía pensó en levantarse e ir a hablar con la mujer. ¿Qué le diría? Podría preguntarle sobre el tipo de relación que te-

nía con su marido, pero entonces pensó que sería indigno. Él jamás le había dado motivos para pensar que le había sido infiel. Ella nunca lo había pensado, hasta esa noche.

- Nunca conocí a un hombre tan amable – dijo la señora Úrsula, una tía octogenaria de la señora Sofía.

- Tía – dijo la señora Sofía, a quien la mujer había sorprendido. Se levantó y ambas mujeres se abrazaron.

- Era un hombre tan especial – dijo la señora Úrsula.

- Sí, sí lo era.

- Hombres así ya no se hayan, tan dulce, tan caballero, tan culto.

- Sí – dijo la señora Sofía.

- ¿Cómo te sentís, mi ja?

- Ya más tranquila, como ya estábamos preparados. Sufrió muchísimo.

- Yo sé – dijo la tía – yo vi morir a mi marido.

En ese momento entró una mujer regordeta vestida con pantalón y saco. Llevaba unos lentes enormes y oscuros. Dos hilos de lágrimas salían de ellos y corrían

a través de los pómulos. La mujer iba acompañada de una niña de unos doce años. La niña tenía un rostro indefinido, como de sorpresa y de miedo, pero no lloraba. La mujer se acercó al féretro. Le hizo un ademán a la niña para que se quedara tras ella. La niña estiró el cuello para tratar de ver a través del cristal. La mujer se inclinó hacia el féretro y lo abrazó como pudo.

- ¿Quién es esa mujer? – preguntó la tía.

- No lo sé – dijo la señora Sofía.

- ¿No la conoce? – preguntó la tía, un tanto sorprendida.

- Nunca la había visto.

- Se ve que lo ha sentido.

- Sí, así se ve.

- Deberías de ir a preguntarle de dónde lo conoce.

- ¿Para qué?

- Mi ja, esas cosas no se dejan así.

- ¿Qué cosas tía?

- Las que ya sabés.

- Nunca tuve quejas de él.

- Pueda ser que nunca hayás tenido quejas, pero ningún hombre es un santo por santo que fuera.

- No quiero hablar de eso ahorita, tía. Discúlpeme.

- Te voy a traer un cafecito – dijo la tía. La señora Sofía no quería café, pero con tal de que se fuera no le dijo nada.

La mujer regordeta salió de salón con la niña y la señora Sofía salió tras ellas. Las vio caminar a través de un pasillo y luego bajar unas escaleras. A un lado de las escaleras estaba la mujer de aspecto anglosajón. Fumaba. La señora Sofía se dio cuenta que la mujer la miraba. Se detuvo en seco. Se acercó a una baranda. Desde ahí vio que la mujer regordeta y la niña bajaban las gradas. Luego las vio atravesar un salón del primer piso y salir del edificio. De pronto se sintió muy cansada. Quería preguntarle a la mujer del cigarro quién era pero no se atrevió. Se dijo que no tenía fuerzas. Era una excusa, pero no era una mentira. Entró al salón otra vez. Vio que la tía estaba sentada junto a una vieja conocida en una esquina. Cuchicheaban. Ella sabía de qué estaban hablando.

Cerca de la medianoche llegó la cuarta de las viudas. A esa hora el salón estaba casi vacío. Estaban los tres hijos de la pareja,



la esposa del hijo mayor, dos viejos amigos y la tía octogenaria. También estaba ahí el párroco de la iglesia a la que asistían. Como las otras, la mujer se acercó al féretro sin saludar a nadie. Levantó la tapadera que estaba a la altura del rostro para ver al difunto a través del cristal. Dibujó con su mano el ademán de una cruz. La señora Sofía miró que la mujer tendría más o menos su edad, cincuenta y cinco, un año más o menos. Se fijó en sus ojos verdes. Parecía no haber llorado. Notó que aún conservaba cierta belleza. Cuando la mujer se separó del féretro, se acercó al sacerdote, que se hallaba justo detrás con un rosario en la mano. Dijo algo en el oído del párroco y este pareció sorprenderse. Negó con la cabeza. Luego la mujer dijo algo más y el sacerdote sonrió. La mujer agachó la cabeza y el sacerdote la bendijo. Luego regresó hasta el féretro, dejó un crucifijo sobre la rosa que había dejado la viuda regordeta y acto seguido salió del salón.

La señora Sofía entonces se levantó y fue a hablar con el sacerdote.

- Padre – le dijo.
 - ¿Vas a rezar conmigo?
 - Quería preguntarle ¿quién era esa mujer?
 - ¿La mujer que acaba de salir?
 - Sí, padre.
 - No sé – dijo el sacerdote – no me dijo.
 - Vi que habló algo con ella.
 - Me preguntó si yo era el hermano del difunto.
 - ¿Sí era el hermano?
 - Sí. No sabía que tenía un hermano.
 - Vive en Austria.
 - No sabía.
 - Vive ahí desde no sé cuantos años, desde antes de que yo lo conociera.
 - Ya veo.
 - ¿Y qué más le dijo?
 - Si le podía dar la bendición a una mujer sufriende como la Magdalena.
 - ¡Ay! padre – dijo doña Sofía y se echó a llorar.

Cuando los hijos la vieron echada sobre el regazo del sacerdote llegaron a abrazar a la madre desconsolada.

De la visita de las mujeres nadie habló esa noche con doña Sofía, pero todos hablaron entre sí. Ella sabía de qué estaban hablando sus hijos. Hubiera querido decirles que dejaran la conciencia de su padre en paz. Que nada quería decir nada. Que ella continuaba confiando en el hombre que conoció en vida. Llevaba dentro una sensación muy extraña. No solo era el dolor por la pérdida, tam-

bién era otra cosa. De alguna forma se daba cuenta que después de muerto, cuando ya todo está dicho, era que podía conocer algo de su marido que jamás se imaginó, porque no había duda de lo que habían sido estas mujeres y él, al menos no la había para ella. ¿Cómo podría perdonar a un muerto? ¿Había querido él este perdón? En la agonía de los últimos días le había repetido que la amaba. Nunca salió de él una palabra para pedir ninguna clase de perdón. Nada que dejara ver otra cosa, un sentimiento de culpa. La señora Sofía pensó que la niña que había llegado con una de las mujeres tenía cierto parecido con su difunto esposo.

Cuando despertó por la mañana eran poco más de las seis. Llovía, el día estaba gris. Había dormido en la funeraria, en una habitación contigua al salón donde se hallaba su marido. Sus hijos, todos ellos y la tía, se habían marchado. Ella no quiso irse. No quería dejarlo solo. Se levantó y tomó un termo, lo abrió y bebió algo de café que sirvió en una taza. Tenía los ojos un tanto hinchados a causa del llanto y el desvelo. Tomó el café a pequeños sorbos. Sintió frío. Se echó un chal sobre los hombros. Se quedó callada y pensó en rezar. Entonces escuchó un murmullo íngrimo que venía de fuera. Se levantó con sigilo y salió al salón. Vio que una mujer se hallaba hincada frente al féretro. Rezaba. Junto a ella había un cirio encendido. Doña Sofía no halló qué hacer. La mujer llevaba la cabeza descubierta. Un pelo liso y entrecano le caía a través de los hombros. La señora Sofía se acercó. No había nadie más en todo el lugar. La mujer abrió los ojos y ambas se miraron. La señora Sofía caminó hasta llegar frente a la mujer.

- Creí que no había nadie.
 - Estoy yo.
 - Como era tan temprano – dijo la mujer y se levantó-. Pase buenos días.
 - ¿Qué está haciendo aquí? – preguntó doña Sofía.

La mujer se detuvo. Giró el cuello y miró fijamente a doña Sofía.
 - Él fue un hombre maravilloso – dijo la mujer. Dos hilos de lágrimas le corrieron por los pómulos. Doña Sofía sintió algo dentro de sí, como si se volviera de una materia muy débil, como si sus huesos y sus músculos se hubieran vuelto tan frágiles que no pudieran sostenerla.

- ¿Qué está haciendo aquí?
 - ¿Por qué quiere que le diga cosas que ya sabe?
 - Yo no sé nada.
 - Él era un hombre maravilloso

- volvió a decir la mujer y dio la vuelta y caminó hacia la salida. La señora Sofía pensó que ya no podía parar y decidió ir tras ella.

- Espere... espere le digo...
 La mujer no volteó ni se detuvo. Salió del salón. Ambas salieron. Afuera estaba la mujer delgada y rubia de la noche anterior. La señora Sofía se sorprendió al verla. Pensó si había regresado tan temprano o simplemente no se había ido. Pero más la sorprendió el hecho de que ambas mujeres, al verse, se abrazaron. La señora Sofía se acercó.

- ¿Qué están haciendo aquí? – les preguntó. Su voz temblaba.

La mujer delgada y rubia de la víspera la miró.

- Déjenos que vivamos también nuestro dolor – le dijo.

- ¿Pero qué dolor?... Este dolor es mío – dijo la señora Sofía. Sollozaba.

- Es suyo – dijo la mujer rubia- y es más suyo que de nosotras, pero también es de nosotras y no puede quitarnos el dolor, eso no se puede.

- ¿Quiénes son ustedes? ¿Son hermanas?

- De alguna forma sí – dijo la mujer rubia.

La otra, que no se había dado la vuelta para mirar a la señora Sofía y había estado abrazada a la mujer rubia volteó para mirarla. Entonces dijo:

- No vamos a venir más... es una promesa, pero déjenos irnos ya.

- No lo entiendo – dijo la señora Sofía y se cayó sobre sus piernas, se sentó en el piso y lloró amargamente. Ambas mujeres se acercaron a ella. Ninguna de las dos se atrevió a tocarla.

- Hay cosas que es mejor no entenderlas del todo – dijo la rubia-. No hay necesidad. Ahora nos

vamos. Que estés en paz y que Dios te de consuelo como nos lo dará a nosotras.

- ¿A nosotras? – dijo la señora Sofía entre lágrimas.

- Somos cinco – dijo, no la rubia, sino la otra.

- ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué es esto?

- Que Dios te bendiga – dijo la rubia-. Él siempre fue un hombre maravilloso.

Entonces ambas mujeres se alejaron. La señora Sofía permaneció en ese estado mucho tiempo, hasta que llegaron las empleadas de la funeraria y la ayudaron a levantarse y la llevaron al salón donde yacía el cuerpo de su marido. Cuando, más tarde, uno de sus hijos, el de en medio, quiso preguntarle sobre la identidad de esas mujeres, ella le respondió que jamás iba a hablar de ese tema, que no tenía el deseo de hablar sobre ello, y que, además, ni siquiera sabía qué decirle, que su padre había sido siempre un tipo intachable, alguien maravilloso.

Cuando llevaron el cuerpo al cementerio, la señora Sofía caminó mirando hacia un lado y otro, buscándolas. Para su tranquilidad no las vio por ningún sitio. Ni las volvería a ver jamás. Y luego, por consideración a ella, a su dolor, nadie quiso hablarle sobre estas mujeres, ni siquiera hacerle un comentario y menos una pregunta. Incluso, cuando pasaron los años, las cinco viudas que había visto en el transcurso de esa madrugada y esa noche perdieron su corporeidad, su naturaleza humana, y se convirtieron, al menos para la señora Sofía, en el recuerdo de cinco fantasmas oscuros y espantosos con los que había soñado alguna noche terrible.



**“canta poeta que tienes escudo que el sol ilumina
 Aun cuando sufras dolor de abandono”**

La Fundación Metáfora, la Unidad de Cultura “Roberto Armijo”
 de la UTEC y el grupo literario Amate
 Tienen el agrado de invitarte a participar en el:

POE-TONANTZIN 2007

Compartamos nuestras creaciones literarias (poemas y/o relatos breves) en
 honor a la Madre Tierra

Miércoles 12 de diciembre de 2007
 18:00 horas
 Café Cultural “El Aire” Blvd. Constitución, Calle Londres y Avenida
 Florencia # 37
 Colonia Miralvalle.

Envía UN poema o relato (breve) dedicado a la Madre Tierra y anexa en dos o tres
 líneas tus datos personales, para publicarlo en el folleto POE-TONANTZIN 2007
 que será distribuido el día del evento. Los envíos serán recibidos en
 casaclaudialars@yahoo.com.mx, hasta el día viernes 07 de diciembre de 2007.





LA CHASCA (La Diosa del Jícara)

DANILO VÁSQUEZ

Chasca se llamaba la chucha que el papá había comprado para que los niños pasaran entretenidos. Era una chucha gordita, peluda, juguetona; entre loba y decían ellos que pastor alemán, más parecía coyota y aguacatera. La chucha llegó mal acostumbrada a comer menudos de pollo; ellos le daban frijoles y chanfaina, revueltos con tortilla desmenuzada. La chucha no le hacía entrada. El hambre fue el mejor consejero de la pobre animalita, pues no le darían de hartar lo que ella deseaba. Tuvo que recurrir a comer caca de gallina para paliar el hambre; pero dos chirrionzacos con una rama de jícara, bastaron para que la gustosa Chasca dejara de comer mierda de gallina. La chuchita creció, y sólo le fue quedando la mala costumbre de dormir dentro de la casa. La picazón de un ejército de pulgas bastó para que Chasca durmiera fuera. Y siguió creciendo. Hasta convertirse en una verdadera guardiana de la casa.

Llegó el momento de la edad en que también los animales desean compartir sus deseos con otros del sexo opuesto y Chasca no era la excepción. A cuanto chucho se acercaba a su heredad, Chasca le ladraba con insistencia. Un día, la pobre no dejaba de ladrarle a un chucho y a una chucha, que habían quedado unidos, después de compartir amores. Ella, como deseando estar en el lugar de algunos de los dos, les ladraba, como queriendo decirles que le dieran un tantito para disfrutar del amor animal. La Chasca no fue complacida; y en cambio recibió una guacalada de fría agua para apaciguarle sus deseos carnales.

Ella, fiel a sus amos, continuó protegiendo la vivienda. Cada espacio del amplio terreno, era oído y verificado. Nadie se adentraba sin el consentimiento de Chasca. Pero la tristeza fue embargando su canino corazón. Se recostaba largas horas en un sillón viejo como queriendo divisar en el horizonte el amor que nunca llegaba; a veces se levantaba de presto, como oliendo en el ambiente a un oloroso faldero en busca de la pobre y sumisa cenicienta canina. El ansiado príncipe perruno, no llegaba. Mientras tanto, la Chasca seguía consumiéndose en sus deseos, cada instante era un terrible fuego que la quemaba, que la consumía. A quién ladrarle para que la liberara del suplicio a que era

sometida con tan desconsiderados amos. Ella trataba de dar señales: movía la cola, saltaba, ladraba y, a veces se paraba en dos patas y arremetía contra las piernas de cualquiera que jugara con ella. Temblaba y jadeaba de contenta, pensando que entenderían su desesperante deseo. Nada. Y entonces se iba con la cola entre las patas husmeando sueños clandestinos, buscándolos para sofocar su mundo animal.

Y el tiempo volaba movido por los trajines del día, haciendo que Chasca se convirtiera en una perra adolescente, ansiosa de volar por las calles de la libertad. Y un día, la puerta fue descuidada, quedó abierta para que la indómita chucha escogiera su camino. Y no vaciló: con furia, salió corriendo en contra del viento y de todos. No le importó el amor que los niños le prodigaban; ni tampoco la chanfaina con tortillas migadas que le daban con amor o las vitaminadas pelotitas dogui. Nada de eso la detuvo. Se fue corriendo sin rumbo, sin meta; sin un destino fijo; sin alguien que la esperara en algún lugar. Se fue buscando los caminos de la libertad.

Salió de la ciudad y llegó hasta la sombra de un árbol de fuego que la inspiró a descansar. Miraba cavilosa, alerta de cualquier peligro. Cuando ya hubo reposado, siguió. Un charquito de agua la detuvo a beber. Satisfecha su sed prosiguió el camino que ella había

decidido. Ratos corriendo, ratos caminando, logró llegar a otra ciudad en donde se sintió rara; pero más libre. Husmeó por todos lados en busca de comida; porque en los caminos de la libertad nadie la estaba esperando con comida y comenzó el recuerdo a golpear el estómago vacío de Chasca. La comodidad en la que había permanecido: Un sillón acolchado, un piso fresco, jugarretas, atenciones, porque ella era la otra niña de la casa; y ahí donde se encontraba no la acariciaba nadie; sólo el frío viento de la soledad, golpeaba su recuerdo. Y se durmió en un gélido corredor de una casa abandonada, pensando en grandes banquetes como el que se dio en el cumpleaños del niño menor de la casa en la que ella vivió su encierro. Ratos ladraba, ratos roncaba y, de presto, un guacal de agua helada bañó a la miserable chucha. Los moradores de la arruinada casa en la que ella dormitaba su hambre; no podían dormir por los ronquidos de la perra y decidieron ahuyentarla, para que no les intranquilizara su proletario sueño.

Tuvo que irse a buscar otros parajes en donde reparar la pesadilla interrumpida. Un carro viejo, abandonado, le sirvió de hogar temporal. A muy tempranas horas la despertó una manada de chuchos callejeros que posesionados por el influjo de Selene, querían hacer de la desamparada, la cantimplora del vulgar y trilla-

do chiste. La siguieron por las diferentes calles de la ciudad y ella corrió desesperada porque no era de esa forma en que deseaba perder su virginidad. Ella quería entregársela a un perro que fuera de su gusto, no así, de esa manera. Logró perderlos cuando salió de aquella inhóspita población y se fue, al encuentro de lo ignoto, buscándole tres patas al gato, teniendo cuatro. Cansada; pero con furia, decidió ya no pensar más en las comodidades de su antigua heredad. Al menos por un tiempo; de lo contrario, el pretérito iba a comérsela viva.

Experta en saltos, la Chasca no lo pensó dos veces, saltó a un camión repleto de sacos de maíz y se acomodó tranquilamente y viajó, no en primera clase pero viajó lejos de donde ella había crecido, tan lejos que se durmió larga y tendida en el ensueño de la libertad que tanto deseaba. Y fiel a sus herencias legendarias de loba se fue transformando en su letargo en una animala fuerte y decidida: la calle había comenzado a cumplir su labor.

Al despertar de su atolondrado ensueño, se encontró rodeada de una multitud de humanos, de inmensos y variados edificios, carros y toda clase de formas. Su altiva postura; pero su pronunciada provincianidad le daban un aire de atonta graciosa; pues miraba fijo y, de repente cambiaba su cabeza, como una chucha robotizada por

el desparpajo de la gran metrópoli, a la cual había llegado sin imaginárselo. Un semáforo daba la orden al mundo vehicular, y en un santiamén la ciudad quedó paralizada; espontánea, Chasca dio un brinco lobezno y se perdió entre la multitud que la ignoraba en su afán de humanos, en su devenir sin sentido. Pensó la Chasca que la libertad la contenía aquella maraña de gentes, edificios, carros y, su marco, su finito marco referencial la trasladó, sin quererlo ella, hasta las solitarias pero humanas provincias de donde procedía. Fue un zarpazo desgarrador, nunca se imaginó que los caminos de la libertad serían infinitamente solitarios y fríos, como las calles gélidas que transitaba. Vagó al principio, extasiada de ver las luces de la ciudad, de las vitrinas adornadas con abundantes y coloricas trivialidades. Pero lo negro de la noche la asustó, la hizo temblar, más de soledad que de frío. Humedecido su pelaje por la neblina, buscó refugio debajo de la banca de un parque; intentó dormir y no pudo, el tembladeral de su cuerpo no le dejó un espacio para el ensueño, al cual ella acostumbraba, después de comer sus tortillas desmenuzadas con chanfaina. Y lloró de tristeza, de cólera, de rabia y entonces todo el dolor del mundo embriagó su engañado corazón y recordó con una nostalgia profunda el amor limpio y sincero de los niños de su antigua casa. Porque su nueva morada era el cielo de cemento de una fría banca de parque.

Llegó campante el naciente día citadino y la provinciana forastera se levantó de su esporádica vivienda y se fue, en busca del sagrado alimento. No corrió mucho para lograrlo, en la gran urbe, los barriles rebosan de basura alimentaria: trozos de hamburguesas, de sandwiches, de papas fritas, de todo... Comió hasta el hartazgo y caminó sin rumbo por las calles y avenidas del mundo animal. Llegó a una de las abigarradas y promiscuas colonias y se encontró con una manada de perros alegres que jugaban con una pelota de hule. Al clavo con los gustos de la ágil perra pueblerina y, cuando menos lo pensó, se enredó en el juego alegre de los chuchos de la colonia. Así de fácil se enredó con aquella parranda de canes, que en manada vivían en un antiguo caserencón de un viejo solitario que los alimentaba con carnes de



diferentes sabores; pues el mentado trabajaba como destazador en el gran mercado de la gran ciudad. Entre las rarezas del misántropo ciudadano se contabilizaba el de beber guaro con sus extrañas y fieles amigas. A cada una le ponía su poquito en unos guacalitos exclusivos que había comprado justamente para sus allegadas. Después, colocaba en una cacerola con brasas, puñadas de hierba de marihuana, como postre, para oler extasiado, él, y sus crápulas y marihuaneras amigas caninas.

La vida austera de la provincia desapareció y el camino de la libertad se convirtió en libertinaje, el jolgorio constante, las visitas a otras colonias para coquetear con uno y otro perro, hicieron poco a poco que la chucha se transformara en la perra más loca y traviesa de la colonia; pues la chica se había convertido en la preferida de la chucha jefa de la casa en la que residían. Colgaban de sus pescuezos collares extravagantes, exóticos y atractivos, pues no dejaba la Chasca de mostrar su ascendiente de germana y loba. Y la luna se paseó por los andurriales aquellos y dejó caer con fuerza sus rayos cautivadores y embelesó a chuchos y chuchas, y los ojos de los núbiles canes brillaron enrojecidos, voluptuosos al encuentro de un amor ardiente y violento y se enfrascó loca de alegría con un hermoso aguacatero de la colonia vecina. Se mordieron, se revolcaron con furiosa pasión, e hicieron lo que la luna ordena, con fuerza, con dolor, porque el amor primero es dolor, es llanto, es locura y gemidos, es rabia y risa, es ladridos que se pierden en el infinito. Y se consumó la obra: Chasca, ya no era virgen, perdió y ganó; sufrió y gozó la vida. Y todas las vicisitudes pasadas se condensaron en ese momento único de la existencia.

Prosiguió la vida que en cierta forma ella había escogido. Vivió su primer amor perdidamente, se entregó sin miramientos. Hasta que un día, su perro fue víctima de unos perros uniformados. Lo destrozaron con lujo de barbarie, propio de su condición de animales.

La situación en el país era turbulenta. Los perros grandes querían todo el territorio para ellos y el chucho aguacatero que no se sometía era sacrificado. Se hizo una campaña de exterminio sanguinolenta, se dio bocado a cuanto sabueso se lo comió; pero también los aguacateros se comenzaron a organizar y emprendieron una lucha organizada en la capital, que cada vez se hizo más efectiva y contundente. Los famosos comandos de perros urbanos dieron golpes certeros a los perros uniformados y en ese remolino de perros salvajes, se perdieron cantidades de vidas inocentes. Ahí se fue el primer amor de la Chasca, que también fue torturada, violada y vejada, perdiendo el fruto que en su vientre se gestaba.

Envuelta en su sudario, llegó a la casa que la cobijó, extendió sus patas y no bramó, ni ladró. Su vista se perdió en el horizonte oscurecido de su vida y se durmió, cansada de sufrir la ausencia del amor perdido. Y se entregó a los caminos turbulentos de Baco, a llorar su dolor y su angustia. Y prisionera del dolor, vagó por las calles, harapienta y mugre y solitaria y triste. Durmió en cualquier recoveco de la ciudad, comió cuando pudo y lo que pudo; sin dignidad y desamparada, como los más huérfanos del mundo. Y en los espacios de lucidez que le brindaba su aletargado corazón, recordó las pacíficas noches pueblerinas; los resplandecientes amaneceres, y hasta los monótonos días de la provincia le sintieron agradables. El pasado la revivió y deseó fervientemente regresar a su humilde origen. Y ya casi muerta de dolor y de hambre, oyó los gritos desaforados de un hombre que gritaba: "San Miguel, San Miguel..." El bullicioso hombre anunciaba la salida de un autobús que se dirigía al lugar de donde provenía la Chasca. Los gritos del hombre la revivieron más y más y paulatinamente se fue levantando de su sopor y corrió loca de contenta, moviendo su cola, agitando al caluroso encuentro de su pueblo. Y se subió al bus, y se subió y se acomodó en un asiento a lo largo y ancho, como tiempo atrás lo hacía en su antigua casa y, el mismo hombre, el de los gritos, le

asestó un cinchazo en el escuálido lomo de las mil veces humillada Chasca. Y el alarido que se desprendió de la chucha, rajó el sentimiento de los pasajeros, que inmediatamente se levantaron y rebajaron al vil humano, que todavía alzaba en sus torvas manos el criminal látigo causante del desgarrado alarido. Y como siempre, cuando ya todo se cree que está perdido en este perro y cochino mundo, aparece la tabla salvadora de vida. Y la de Chasca brilló, resplandeció y se oyó un grito fuerte y varonil de un hombre de barba musulmana: "¡Dejá al pobre humano!" <BESTIA> -le resaltó con una mirada terrible que no le dejó espacio para nada al opresor oprimido. Bajó su torvo brazo y dio la vuelta y se fue a poner la queja al dueño del bus. Mientras tanto, el hombre sentía algo extraño, su corazón se turbó y en su acongojado pecho oyó un triste lamento y vio en los entumecidos ojos de la triste figura, a su antigua y fiel Chasca. Ella lo reconoció y se deslizó débil y humana, a los brazos de aquel gigante y tierno barbudo, que también lloraba de alegría, de haber encontrado a su perdida perrita.

Y el reencuentro fue de lo mejor, todos la abrazaban, la besaban y la acariciaban y lloraban de contentos y ella que no cabía moviendo su cola de feliz, de sentir el amor a raudales y, el placer verdadero la embargó, el de la familia unida, el que todo lo llena con creces, el amor puro y cabal, el infinito. Y aquel pasado abyecto se fue borrando y no fue más que un triste pasaje, que le sirvió para amar con todo a su gente y a su provincia. Chasca fue bañada y perfumada con el aroma de la felicidad y todas las tardes era ataviada con una pechera de un lindo color rojo, que contrastaba con su color de oro estival.

El volver a su antigua heredad y reencontrarse con sus verdaderos seres queridos, fue increíble. La abrazaron, la besaron y le prodigaron todas las caricias que ella tanto extrañó, en las falaces visiones de los caminos de la libertad. La hija pródiga había regresado. Y olió profundo el olor de su provincia y la amó con la cicatriz del

pretérito, en el aroma infinito de un presente cabal y exacto. Con la plena convicción de no abandonar nunca a su querido pueblo, a pesar de lo mal oliente y sucio de su cultura. Pero aún así, lo reconoció como suyo y vivió feliz y contenta, tratando de redefinir su vida, con su familia y un hermoso aguacatero negro, que en su larga ausencia habían recogido, para llenar los espacios dejados por ella.

La Chasca procreó una generación de sanos y hermosos perritos, que fueron el inicio de una raza fuerte e indómita, forjada en los avatares de un pobre y pequeño país, convulsionado por infinidad de luchas. Y se cumplieron entonces aquellas hermosas frases de aquel bendito y santo humano, que dio su vida, por la liberación de su querido pueblo... «Lo mejor del viaje, es el retorno».



DIRECTORIO

Director de Diario Co Latino
Francisco Elías Valencia

Coordinador de Suplemento Cultural Tres Mil
Otoniel Guevara
ognevara@diariocolatino.com

Coordinador de Aula Abierta
Vladimir Baiza
vbaiza@diariocolatino.com

Equipo de producción editorial

Tomás Andreu I tandreu@diariocolatino.com
Roberto Deras I rderas@diariocolatino.com
David Juárez I djuarez@diariocolatino.com
Pablo Benítez I pbenitez@diariocolatino.com
Marcos Navarrete I mnavarrete@diariocolatino.com
Raquel Cañas I rcañas@diariocolatino.com

Colaboradores en El Salvador

Edgar Alfaro I René Chacón I Norman Douglas B.
Néstor Durán I Angel Portillo I Jennifer Valiente

Colaboradores en el mundo

Carlos Ábrego en Francia.
Luis Manuel Pérez Boitel en La Habana.
Javier Campos en Connecticut.
Gabriel Jaime Caro en Medellín.

Dirección:

Suplemento Cultural Tres Mil,
Diario Co Latino
23a Avenida Sur, # 225,
San Salvador, El Salvador, C. A.

Telefax:

(503) 22 71 08 22

Las opiniones vertidas en los artículos son responsabilidad de sus autores. No nos responsabilizamos por la devolución de originales no solicitados, ya sean textos o imágenes en cualquier soporte posible. Toda colaboración deberá enviarse por correo electrónico a: 3000@diariocolatino.com



«Cuando los periódicos ya no hablen, el arte estará ahí»

ROSE MARIE BERGER

Editora asociada de la revista *Sojourners* (www.sajo.net) en Washington, D.C.

Traducción de Consuelo Hernández, poeta colombiana y profesora de American University.

En Noviembre del 2007, Fernando Botero visitó el Museo de American University en Washington, D.C. con motivo de la primera exposición que se ha hecho en el mundo de la serie completa de las 79 obras de sus dibujos y pinturas de Abu Ghraib. Botero fue entrevistado por Rose Marie Berger sobre las implicaciones políticas y religiosas del arte. Al mismo tiempo se llevó a cabo una lectura de los poetas de Washington contra la guerra, a la cual asistieron cerca de 400 personas. En la lectura participaron poetas de Estados Unidos, Irak, Palestina y Colombia.

BERGER: Quisiera leer una cita de Marc Falkoff, uno de los abogados que está trabajando con los prisioneros de Guantánamo. El hizo un comentario sobre esta exposición de su arte...

BOTERO: ¿Él vino a verla?

BERGER: Él vio su obra en la red y nos permitió incluir algunos poemas escritos por los prisioneros en Guantánamo en esta colección de poesía titulada *Cut Loose the Body: An Anthology of Poems Responding to Torture and Fernando Botero's Abu Ghraib Paintings*. (Corta y libera el cuerpo: una antología de poemas que responde a la tortura y a la serie Abu Ghraib de Fernando Botero). "En este maravilloso proyecto," -escribe el abogado de los derechos humanos Marc Falkoff, editor de *Poems from Guantanamo: The Detainees Speak*, (Poemas desde Guantánamo: los detenidos hablan)- "Botero y los poetas empiezan a restaurar nuestra humanidad haciéndonos visibles las víctimas de nuestra complacencia. Vivimos en una época donde nuestros líderes han declarado -en nuestro nombre- que el sofocamiento simulado no es tortura, que los suicidas detenidos son "actos de asuntos de Guerra asimétricos" y que nuestros campos de prisión están más allá de nuestras cortes. En tiempos como estos, nosotros tenemos que depender del arte -el gran vehículo de empatía- para restaurar nuestra compasión humana... y movernos hacia la protesta y el compromiso." ¿Piensa usted que estos cuadros confrontan o evocan la compasión?

BOTERO: Bueno, sabemos que estas pinturas... no funcionan para el arte en la situación actual. El arte es completamente inútil en el sentido de que en el momento en que sucede carece interés. Pero lo que es importan-



La poeta colombiana Consuelo Hernández en su lectura durante la exposición de Fernando Botero en la American University en Whasington DC

te es que con el tiempo llegan a ser un medio para recordar. Cuando los periódicos ya no hablen más de una situación, el arte estará allí justo para recordárnosla y eso es muy importante.

BERGER: Usted creció en Colombia rodeado del arte barroco colonial del catolicismo y de las expresiones religiosas mestizas de la gente del pueblo. Se ha sumergido en la iconografía cristiana de Europa Occidental. Cuando miro estas pinturas, yo veo la Vía Dolorosa, las estaciones de la Pasión de Cristo. Veo los Salmos bíblicos llenos de agonía. ¿Ve usted estos cuadros como parte de su viaje espiritual?

BOTERO: Bueno, digamos que sí. Yo crecí en Colombia en una atmósfera religiosa con la Iglesia y todo. Pero, créame, yo no soy muy religioso. Más que religión tengo un buen conocimiento de la historia del arte porque viví tres años en Italia y, claro, estoy muy familiarizado con todas estas imágenes de Cristo, del sufrimiento y la tortura que, además, están en la historia del arte. En el momento en que hice estas pinturas, no pensé en esas cosas. Pero estoy seguro que esto me vino, porque como usted sabe todo lo que uno ve (en su vida) regresa transformado. Entonces de alguna manera yo no estaba pensando en Cristo, pero cuando alguna gente menciona que estos cuadros tienen algo que ver con Cristo, entonces veo que realmente hay una relación entre la Pasión de Cristo y estas pinturas.

BERGER: Usted encarna una gran cantidad de iconografía reli-

giosa en su trabajo. ¿La religión todavía toca su espíritu como artista o usted sólo la ve intelectualmente como parte de la historia del arte?

BOTERO: ¿Está hablando de la religión o de la estructura?

BERGER: Estoy preguntando sobre los aspectos espirituales, no sobre la institución de la iglesia.

BOTERO: Bueno, yo no tengo un sentimiento por la iglesia. Yo soy una especie bastante diferente de la religión. Es decir, yo creo en Dios, por supuesto. Pero no soy una persona practicante de la religión.

BERGER: En estas pinturas usted decidió enfocar las víctimas y en la mayoría dejó a los torturadores afuera, a los lados. Cuando usted acerca tanto el espectador a la víctima, destruye el mito de que la violencia es redentora. Así desenmascara el mecanismo del chivo expiatorio y revela que no es Dios el que manda la violencia para lograr el orden y la seguridad, sino que Dios ha llegado a ser nuestra víctima. ¿Llamaría usted estos trabajos "arte religioso"?

BOTERO: Bueno, le diré la verdad cuando terminé esta serie de pinturas y la gente empezó a decir que había dejado los perpetradores fuera, entonces me di cuenta que era cierto. Yo sólo pintaba y pintaba. Bueno en algunos cuadros usted ve una mano o la bota del torturador. Algunas veces ve el soldado real manipulando al prisionero. Pero la verdad es que yo no me di cuenta que estaba plasmando sólo las víctimas hasta que alguien me

lo señaló. Y no sé por qué lo hice. Tal vez era más interesante desde el punto de vista de la pintura hacer estos desnudos que hacer estas insignias y uniformes.

BERGER: Cuando usted eligió los colores, particularmente los colores asociados con las torturas -el azul de los guantes y las botas, ¿qué estaba pensando?

BOTERO: Bueno, hice dos cosas aquí. Hice cuadros muy luminosos. Hay cuatro o cinco que son muy luminosos, haya o no haya el mismo drama que está en los cuadros más oscuros. Sabe, yo empecé con los cuadros más oscuros primero. La imagen que tenía en mi mente era la que había visto en las fotos, era la imagen de este corredor... Aparentemente muchas de estas torturas ocurrían durante la noche. Había una cierta oscuridad, allí en el corredor que vi en las fotos. Las fotos fueron muy útiles para mí para poder ver la atmósfera en la cual todo esto estaba ocurriendo. Pero no copié ninguna foto porque esto no tenía sentido. No hay un solo cuadro aquí que reproduzca una foto. Yo solamente imaginé las cosas en esa atmósfera. Esa es la razón por la cual los colores son un poco oscuros. Luego lentamente dije como pintor probablemente, voy a hacer esto en un color más luminoso. Ve usted, entonces tuve un problema: cómo hacer los cuadros luminosos tan dramáticos como los cuadros en colores oscuros. Esa fue la razón que tuve para elegir los colores.

BERGER: En muchos de estos cuadros sólo hay el borde de una ventana con un pequeño rayo de luz

externa que penetra.

BOTERO: Bueno, sí. Eso es así... Cuando usted hace un cuadro oscuro tiene que tener blanco. En cada pintura al final debería haber un punto blanco y un punto negro, como sal y pimienta. El negro llega a ser negro porque tiene el blanco cerca. Entonces usted tiene la sensación de que el negro realmente es negro. Luego, hay también la cuestión de la interpretación, porque la gente ve la libertad reflejada en esa pequeña ventana, allí vieron la libertad. Pero yo no estaba pensando en esto, sólo pensaba en pintar.

BERGER: ¿Podría leer uno de los poemas que están aquí en español? Este que está aquí.

BOTERO: [lee "Mi Tierra Se Desangra" de Consuelo Hernández de la antología titulada *Cut Loose the Body: An Anthology of Poems Responding to Torture and Fernando Botero's Abu Ghraib Paintings*.]

Mi tierra se desangra

Del sur
de ese trozo de tierra yo les hablo,
de caminos destruidos,
de hermanas que marchan como
hormigas
por predios sin amparo,
de campesinos acribillados
entre las balas del (para)militar
y el guerrillero,
de obreros que caen como fruto
desgajado
por un huracán inoportuno.

En esta tarde triste de Noviembre
se me torna opaca la mirada
me voy quedando ciega
en este desfile de desastres
con el miedo que roba la alegría
caminamos contando los difuntos.
¿Dónde enterrar este horror
esta violencia siamesa de la vida,
abrir el cielo a esta luz de otoño
y descubrir el palacio de buenas
intenciones?

¡y no más!
¡No más guerras en la América mía!

Mientras camino sobre esta
cuerda floja
me acecha un tropel de muertos
descompuestos
de fosas comunes
de desaparecidos que me espantan
a plena luz del día.
Mi tierra del sur está sangrando
y el corazón se siente fatigado
pero no está vencido todavía
porque esta estrella que
en mí explota
esta tarde fría de ceniza
conjura con un grito las manchas
de la sangre.

BOTERO: ¡Una Colombiana!
¡Que bueno!